

El viaje

Alejandro Camps



Image not found.

Capítulo 1

Dicen que los niños tenemos mucha imaginación. Sin embargo, a pesar de mi esfuerzo, no consigo reconocer figuras en las nubes; son solo nubes grises, y de a montones. Tres infinitos hilos nos siguen desde hace varios kilómetros. Palpitan en cada poste, ya conté más de cien, ondeando de arriba a abajo. Y la sierra que se promete hace horas sigue sin aparecer.

El tío Héctor no habla mientras maneja. Mantiene clavada la aguja del enorme Falcon en sesenta. El auto es su segundo amor: todos los domingos a la mañana lo saca a la vereda para lavarlo y lo vuelve a entrar. Sólo lo usa para los viajes largos en las vacaciones con nosotros. Para el resto de los días se mueve en colectivo o a pie; dice que en la calle hay demasiados animales sueltos, manejando.

-¿Cuándo llegamos? –pregunta Pilar, mi prima de nueve años, un año mayor que yo, el primer amor de Héctor, que está sentada a mi lado.

-Nunca, vida –contesta Mónica, mi tía, que figura última en la jerarquía del amor de Héctor, y que está sentada adelante. –Si tu padre no pisa un poco más ese bendito acelerador, no vamos a llegar nunca.

El tío Héctor continúa imperturbable, concentrado en el manejo. Pilar vuelve a jugar con su bola ocho mágica que no me quiere prestar. Miro como cierra los ojos, arrugando la cara para no abrirlos, y se queda pensativa. Después los abre y sacude la bola con todas sus fuerzas. Cuando saca un “sí, definitivamente” empieza a reír y yo me termino tentando también. En ese momento se acerca para prestarme la bola, pero enseguida se arrepiente y vuelve a su lugar. Cuando sea grande me gustaría tener una novia como Pilar, aunque sea tan rara.

Al Falcon ya le queda poco combustible, así que paramos en una estación de servicio. Mientras el tío Héctor, resignado, hace la interminable cola del único surtidor en marcha, corremos con Pilar al baño. Mónica nos sigue detrás y entra al baño de mujeres con Pilar. Yo entro al de hombres. Al salir descubro que, más allá de los baños, hay un bosque con un sendero que se pierde entre eucaliptos gigantes. Fascinado, me quedo contemplado el sereno paisaje cuando siento una mano que me tapa los ojos.

-¡No mires!

Pilar, con su pequeña mano sobre mi rostro, me pide que cuente hasta cincuenta. No llego a diez cuando siento un beso en mi mejilla y la escucho correr por el sendero. Cuento lo más rápido posible y fuerzo mis oídos para poder seguir sus pasos. Pero es inútil, no bien abro los ojos ya no quedan rastros. Lo único que sé es que corrí hacia el bosque, así que

empiezo a caminar sigiloso por el sendero. Las nubes están negras y llegan los primeros truenos. El sendero se acaba pero continúo avanzando por la hierba esquivando las ramas de los árboles tan juntas que tengo que agacharme para pasar. Los truenos se hacen más intensos y comienza a oler a tierra mojada. Finalmente, el cielo se agrieta y caen millones de gotas enloquecidas.

A lo lejos, Mónica se acerca corriendo con un paraguas multicolor.

-¿Dónde está Pilar? -pregunta.

Mi cara lo dice todo. Mónica empieza a gritar. Corremos de un lado al otro. La lluvia nos impide ver con claridad. Finalmente, vemos a Pilar bajando de un árbol, toda empapada.

Cae la noche cuando subimos al Falcon y abandonamos la estación de servicio. Vamos muy despacio. El limpiaparabrisas, que anda a los saltos, apenas logra remover el agua de la intensa lluvia. Hasta que se acaba descomponiendo. Mónica comienza a los gritos, para variar, acusando al tío Héctor de todo. El tío baja la ventanilla, a pesar de la lluvia, y saca la cabeza para intentar ver la ruta. Pilar se viene a mi lado para evitar mojarse nuevamente, apoya su cuerpo junto al mío y cierra los ojos. Siento el latir de su corazón. El calor de su cuerpo me produce una sensación muy bonita, mezclado sin embargo con un extraño sentimiento de culpa. Un grito imprevisto de Mónica sorprende a Héctor que gira de más el volante y quedamos patinando en la banquina de barro. El Falcon hace lo imposible para mantenerse recto pero cede y seguimos avanzando, ahora cruzados a la ruta. Pilar abre los ojos, me mira y me abraza con fuerza. Mónica se aferra con sus manos a la guantera. Hasta que golpeamos con un poste y todo empieza a girar.

Luego oscuridad, solo oscuridad. Ruidos irreconocibles como provenientes de las profundidades de un abismo. Siento mi cuerpo mojado. Mi piel se endurece como las escamas de un pez. Abro finalmente los ojos y lo negro se desvanece. Me cuesta acostumbrarme a mi visión lateral. A mí alrededor, miles de peces multicolores nadan coordinados. Se desplazan con gracia, lentos, sin felicidad ni tristeza en sus rostros ¿Tienen rostros los peces? Intento acercarme a un grupo, pero no bien perciben mi presencia huyen en todas las direcciones, como los trozos de un globo ante el filo de un alfiler. Respiro sin dificultad por mis branquias. Nado en la nada un tiempo. Hasta que un pez solitario se me acerca con un suave aleteo y nuestros cuerpos metalizados chocan. Su cuerpo está caliente. La sensación es muy bonita y pura a la vez.

Fin